

NUEVAS Y ANTIGUAS LINEAS SOBRE LA ACADEMIA

Por Augusto Tamayo Vargas

En una nueva letanía a Nuestro Señor Don Quijote, cual la hiciera Rubén Darío en *Cantos de Vida y Esperanza*, yo le rogaría me diera la palabra que se necesita y la inspiración que se requiere para cumplir con este singular papel de Académico que me han otorgado los miembros de la Academia Peruana de la Lengua. Y he querido referirme precisamente al poema "Letanía de Nuestro Señor Don Quijote", porque allí Rubén diría:

...de las Academias
líbranos señor!

Yo sé y todos Uds. también que el poeta nicaragüense se refería al academismo de las Academias que convierten en cadáver el idioma, adornándolo sólo con las pompas del ritual funerario, pero no a lo que aquellas puedan significar, precisamente, en robustecimiento del alma, de la luz, de la savia, del brote, de la cultura de un pueblo. No el academismo que repite formas y que se contenta con conservar un macilento lenguaje cuyas células se mueren con el tiempo, sino una Academia que vigorice la expresión, que mantenen-

ga el canal de la comunicación limpio de desordenados giros y de vacilantes eufemismos y que aplique con sabia discreción, pero con segura vigorosidad aquello que ya señalaba Horacio en su Arte Poética:

Lícito ha sido y lo será con sello
nuevo, emitir acuñados vocablos,
que cual las hojas vetustas caen
desnudando al bosque, lo visten las juveniles
que aún pequeñas lo enverdecen.

Y añadiría:

Renacerán muchos vocablos; otros que hoy privan
morirán, si así place al uso, legislador y norma
del lenguaje.

La Academia Peruana de la Lengua ha tenido el privilegio de que esta posición renovadora, nazca de quien fue su reorganizador y su patrono: Ricardo Palma, inspirado creador de vocablos, caliente recreador del giro popular, entroncando en las viejas raíces del castellano las voces peruanas que pugnaban por encontrar su cauce y su validez universal. Fue Ricardo Palma el que señaló uno de los caminos de introducción de los americanismos en la Lengua Castellana y el que supo animar su obra no con rigidez academista sino con alerta vena popular, con franca utilización del giro nuevo y de la aplicación de las normas que dicta aquel supremo legislador que es el uso de la lengua. En carta a Manuel Tamayo y Baus, Secretario de la Academia, en 1878, Palma le dice sin embargo que en América hay muchos —como él— que tratan de conservar la pureza de la lengua, en lo que ésta tiene de vía de permanente relación entre pueblos que nacen de un mismo esfuerzo culturizador; y es allí donde la conservación del espíritu del idioma es indispensable, para mantener una comunidad

de pueblos que se entienden precisamente porque hablan un mismo lenguaje, y nos toca coordinar los hálitos de renovación que soplan en distintas regiones para mantener el denominador común de nuestro entendimiento. Fue el 30 de agosto de 1890, que la Academia Peruana se instaló como Correspondiente de la Española, bajo la presidencia de José Antonio de Lavalle y desde entonces ha mantenido abierta para mí memorable fecha.

Me complazco y me honro en pertenecer a esta Academia, que ha contado y cuenta con tan valiosas figuras de nuestra literatura y que supo asimilar y recibir a tan dispares escritores, desde los tiempos de los Cisneros, los Camacho, los Paz Soldán, que como en los casos de Eguren, de Martín Adán y de Ciro Alegría han representado precisamente verdaderas revoluciones literarias, en el más alto plano. Me complace y me honra estar entre Uds., en esta Academia que alguna vez tuvo entre sus Presidentes en España, a un Carbajal Vargas; y aunque creo que cada hombre sólo puede enorgullecerse de sus propias obras, me halaga saber que en las venas de aquél corría la misma sangre que alimentara la del mestizo Garcilaso, con tres ondas de mar sobre su heráldica, y de dos de los primeros poetas limeños: Juan Dávalos de Ribera y Diego de Vargas Carbajal. Manes literarios a los que debo por lo menos un recuerdo.

“Ruega por nosotros, que necesitamos
las mágicas rosas, los sublimes ramos
del laurel...”, pediría Rubén y repito hoy en tan
para mí memorable fecha.

Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, todo corazón!...

Con este ruego que es el pedido de quien no tiene más méritos que su esfuerzo, inicio mi actividad académica, recibido por la palabra de un extraordinario hombre de nuestras letras, que ha sabido a través de tantos decenios difundir la cultura y hacer viva la ciencia, puesta al alcance de todos, precisamente por la sapiencia de su lenguaje, que encontró siempre el camino claro de la comunicación: Oscar Miró Quesada. Y antes de comenzar el que ha de ser el tema de mi discurso, quisiera ya pedir algo que creo es común a las Academias del mundo, que cada sillón tenga, antes que su número, el nombre de su patrón literario, bajo cuya advocación realice el intelectual su tarea. Yo pediría, si fuera posible, sentarme en una silla que tenga por cabecera el nombre de José María Eguren, aquel diminuto y humilde hombre, que transformó el lenguaje poético de su tiempo, que supo hablar con antiguas palabras extraídas de viejos tesoros guardados del idioma, pero también con nuevas expresiones que no desdecían la belleza del mismo y que servían para abrir caminos en la imaginación y surcos en el sentimiento. Es José María Eguren un símbolo de lo que es esta Academia Peruana de la Lengua —abierta a todos los horizontes—: una atractiva figura de renovación y de conservación, de rebelión y de mantenimiento de valores, a la que me acojo fervoroso, con la misma unción con que lo ví por primera vez en mi adolescencia; con la misma unción con que acompañé su cadáver en aquel abril de 1942. Fue Eguren solamente reconocido en su alta calidad por el grupo Colónida; y capitán de ese grupo que inició una etapa de nuestra vida literaria fue Abraham Valdelomar, a quien seguiremos hoy en algunas facetas de su personalidad. Valdelomar supo descubrir con otros el valor poético de Eguren. Ocupando la silla de Eguren cabe, pues, atando cabos, que exalte y reviva la obra de Valdelomar, aliado a aquel en la cultura peruana por tan estrechos lazos de realización literaria.